Part. en el exilio

NOTA SOBRE LAS POSIBILIDADES DE UNA RESTAURACION MONARQUICA EN ESPAÑA/

- -

A la hora en que se abre ante la opinión pública española e internacional la sucesión del régimen franquista, es más que natural obligado, barajar la solución monárquica, como una de las posibles cartas a jugar en el futuro inmediato.

Para cuantos han conservado de la etapa republicana, el doloroso recuerdo de las inquietudes y zozobras de 1934, 35 y 36, sin hablar de los horros de la guerra civil, que han dejado huella imperecedra en tantos espíritus, la solución monárquica representa el oasis de paz soñada, el puerto de refugio definitivo. Tales gentes creen que la monarquía pondría fín para siempre a los vaivenes de la política, tan agitada desde 1931, porque recuerdan y añoran la paz externa; que coincidió con la propseridad económica de los años de la Dictadura de Primo de Rivera.

Y sin embargo, las circunstancias son bien distintas y el problema mucho más complejo y difícil de lo que esa primaria argumentación supone. Para enjuiciar objetivamente, es preciso situar el tema en el campo real del cuerpo nacional de hoy y analizar cuáles y cuantos factores o componentes de ese cuerpo habrían de asistir al régimen monárquico que naciera -como no podría menos de acontecer hoy-, o de la voluntad omnímoda del Caudillo, o de la imposición de una parte del Ejército o de la maniobra combinada de ambas cosas con la intervención oculta, pero eficaz y decisiva, escalonando sus aspectos en esta forma:

I.- Títulos legítimos o simplemente prácticos, que puede alegar la Monarquía para su inmediata restauración.

II.- Apoyos posibles con los que contaría la Monarquía en la España de hoy.

III.- Posibilidades de desenvolvimiento de una política liberal y democrática, única admisible dentro de la Europa que nace, bajo el régimen monárquico.

IV.- Consecuencias para España y para Europa, de un posible fracaso del régimen instaurado.

V.- Posibles caminos que ofrecen la perspectiva de la realidad nacional que puedan conducir en un futuro próximo a una restauración monárquica.

Importa decir, que quien redacta esta nota, ha sido siempre un fanático de España. No lo es de la República, aun siendo republicano. Es republicano, porque es profunda y sinceramente liberal y la experiencia vivida desde su juventud, en ambiente propicio para juzgar con acierto, llegó a convencerle de que la libertad era incompatible con el modo de sentir y de practicar el ejercicio de la soberanía por quien encarnaba la institución monárquica y por sus más allegados servidores. Si el bien de España aconsejara hoy una restauración monárquica, no vacilaría en proclamarlo y servirla, la acataría y aconsejaría a cuantos tuviesen fé en sus juicios, que la acatasen y sirviesen. Quiere esto decir, que esta nota está pensada y redactada con espíritu estrictamente español, objetivo y limpio de todo partidismo. Podrá ser acertada o errónea la argumentación, pero queda, en cualquier caso a salvo la patriótica intención que la inspira.

I

Don Alfonso XIII abandonó el trono a raíz de unas elecciones municipales que sin tener carácter de plebiscitarias, dieron el triunfo a los republicanos. Al salir de España publicó un manifiesto en el que decía a los españoles que, sin abdicar de sus derechos, dejaba la corona para evitar la efusión de sangre. El pueblo, más sensible a los gestos generosos que a posiciones extremas disfrazadas de heroicas, supo apreciar ese rasgo. Respetó la decisión del Rey, sin ensañarse con los vencidos en la contienda electoral. La Familia Real pudo salir de España, sin la menor demostración de hostilidad en el trayecto desde Madrid a la frontera. El que esto escribe, ministro de la Gobernación del Gobierno provisional, pudo, sin protesta de nadie, conducirse como su deber y sobre todo su deseo, correcto y caballerosamente con la familia real y con los intereses personales de todos y cada uno de sus miembros.

Hubo más: la ligereza e inconsciencia de algunos jóvenes monárquicos mal inspirados que provocaron la algarada del 10 de mayo, trajo consigo la "quema de los conventos", pero aun en aquella jornada de lamentable estúpida vacación absoluta de la autoridad, no hubo por parte del pueblo de Madrid, exponente primero del común sentir de los españoles, un sólo gesto de hostilidad airada contra la Monarquía. Ni asalto al Palacio Real; ni agresiones personales contra los personajes políticos o palatinos. Ni siquiera represalias contra los monárquicos, ausentes la víspera de la furia popular. Todos ellos pudieron permanecer en Madrid sin ser inquietados, ni aquel día ni en los meses sucesivos.

Igual fenómeno presenciamos el 10 de Agosto, con ocasión de la sublevación de Sanjurjo. El pueblo no tomó represalías contra los monárquicos, notoria y públicamente inspiradores de la loca aventura. Fué el Gobierno quien hubo de encargarse de sancionar con mayor o menor acierto de equidad a los responsables de la perturbación. El pueblo permaneció, si no indiferente, al menos pasivo, en esa minúscula pero significativa contienda.

No me incumbe ni sería discreto por mi parte enjuiciar la conducta de los dirigentes monárquicos durante la etapa republicana desde 1931 hasta 1934. Baste decir que, a mi modo de ver, no les acompañó el acierto, ya que fueron una constante y rediviva encarnación de aquella política que los republicanos de 1907 a 1909 practicaron y que don Antonio Maura, a la cabecera del banco azul del Congreso, calificó así: "Seríais la guerra civil si no fueseis la impotencia".

Cuando se les deparó la oportunidad de superar esa impotencia, no vacilaron en aprovecharla, aun a riesgo de desnaturalizar con caracteres de alta traición y de crimen de lesa Patria, su trayectoria política. Es ya del dominio público y obran las pruebas documentales en poder de algún republicano, que los señores Goicoechea y Conde de Rodezno pactaron y convinieron con Mussolini en 1934 la intervención de Italia en la vida española, para preparar el alzamiento armado contra el régimen y en definitiva la guerra civil que dos años más tarde asoló a nuestra Patria. A partir de este momento, no se dieron reposo, ni perdonaron ocasión y medio de alentar rebeldías, organizar algaradas, fomentar descréditos, vilipendiar y calumniar a los gobernantes y aun a los simples servidores del régimen republicano. El episodio de Casas Viejas, es una muestra palpable del desdichado sistema. Pocas veces ha llegado la pasión política a cegar en tal medida a quienes tenían el deber de respetar, ya que no sus propios intereses, los de la causa que sirven.

Con ese espíritu, se fué preparando por los dirigentes de la política monárquica, en unión de otros elementos, a la sazón reducidísimos en número, pero

no cortos de osadía, los falangistas y sobre todo los Generales y Jefes del Ejército, el alzamiento de Julio del 36. Sería faltar a la verdad y desconocer la realidad histórica afirmar que ese alzamiento fué obra de los fascistas españoles. Quienes lo prepararon, alentaron, desencadenaron y sufragaron una vez lanzado, fueron los elementos genuina y tradicionalmente monárquicos, quienes en el curso de la contienda pusieron a disposición de Franco cuanto éste pidió de ellos, con verdadero fanatismo.

Esta conducta, tan contraria a la seguida por Don Alfonso XIII en 1931, evitando toda efusión de sangre aun a costa de la pérdida del Trono de sus mayores, no pasó, claro está, desapercibida por el pueblo español, singularmente por cuantos defendieron durante tres años la República con las armas en la mano y a costa de sacrificios sin cuenta. Cada victoria de Franco iba seguida de un telegrama de don Alfonso felicitando al Caudillo por su triunfo, como si no fueran también españoles los vencidos y como si la realeza pudiera tener otra base de asiento que la suprema ecuanimidad, por encima de pasiones y de banderías, al servicio de España, de todos los españoles. El entonces infante Don Juan pasó a España en los primeros momentos de la guerra civil, con el propósito de servir en calidad de oficial, en las filas de los Generales rebeldes, quienes hubieron de rogarle desistiese de su empeño.

Hechos son estos bien notorios y conocidos que alteraron sustancialmente el estado de espíritu de las masas obreras y republicanas en relación con la Monarquía. No es posible hablar con autoridad de paz y de pacificación, cuando se ha sido, no sólo beligerante, sino enemigo fanático, agresivo e implacable de aquellos a quienes se quiere pacificar. Por eso, puedo afirmar sin temor a equivocarme -he tenido ocasiones reiteradas en estos últimos meses de pulsar la opinión y el modo de sentir de los emigrados-, que la Monarquía tiene hoy la más enconada oposición de los elementos republicanos y obreros que integran la enorme masa de emigrados, que se acerca al medio millón de ciudadanos españoles.

Esto sentado, cabe examinar en el aspecto positivo y práctico si podría la restauración monárquica representar para esa masa republicana una solución ventajosa, que la compensara del sacrificio de renunciar a un ideal o a una aspiración política. En 1940, pocos días antes de la batalla que precedió al armisticio franco-alemán, visitando a cuantos jefes republicanos y obreros se hallaban a la sazón en el país, que eran la gran mayoría, recorrió el que esto escribe toda Francia. El punto de vista era el siguiente: Parecía inminente la agravación de la guerra en el Mediterráneo por la intervención, ya casi segura, de Italia en el conflicto, y era también más que probable la entrada de España la España de Franco, hija adulterina de las Potencias del Eje. Para evitar esta suprema calamidad a mi Patria, proponía yo a los jefes responsables del campo vencido en la guerra civil, la incorporación de todos los españoles a una fórmula de paz y concordia nacionales, consistentes en una Regencia nombrada por el Rey, una amplia y generosa amnistía y una consulta plebiscitaria del país, que sería quien dijera la última palabra, comprometiéndose todos a estar y pasar por su fallo. Todos, absolutamente todos, los consultados por mí, desde el sindicalista Peyró hasta don Niceto Alcalá Zamora, pasando por don Manuel Azaña, aceptaron con entusiasmo la fórmula, expresándome su vivísimo deseo de evitar a toda costa nuevos derramamientos de sangre y, sobre todo, la intervención de España en la contienda europea. No me fué dado entrar en contacto con elementos monárquicos, porque aquellos a quienes requerí para hacerlo se negaron a la entrevista, temiendo sin duda las represalias de Franco. La caída vertical de Francia pocos días después, varió sustancialmente los términos del problema.

Aquella coyuntura para la Monarquía pasó, pues, sin ser aprovechada. En política, las ocasiones que se pierden rara vez se recobran. Creo firmemente que en

aquél entonces los emigrados todos, y no dudo que los republicanos de España, hubieran olvidado los agravios que de la Monarquía tenían en aras de la paz y ante la posibilidad del rápido y seguro retorno a sus hogares. El momento actual es bien distinto desde todos los aspectos. Hoy son las naciones democráticas las vencedoras. Es Rusia, potencia eje de la política continental. La restauración de la República se considera por los vencidos del 39 como una debida reparación y como una realidad próxima y asegurada. La representación visible de la Monarquía no ha hecho en estos años de terrible persecución a los emigrados "rojos", un sólo gesto, ostensible ni oculto, de amparo y protección a quienes han sufrido los innumerables rigores del exilio. No ha pronunciado una palabra de paz. No ha tenido un gesto viril de protesta contra quien, después de haber triunfado gracias al apoyo de los monárquicos, ha despreciado a cuantos con tal título le sirvieron, demostrando con esa pasividad su resignación o su impotencia. Franco ha podido pisotear todas las leyes de humanidad y todos los principios de la caridad cristiana, en su trato cruel y cobarde con los vencidos, sin que jamás se alzara una voz de protesta por ello, en nombre de quien para ser Rey ha de serlo de todos los españoles.

En resumen: Carece la Monarquía de títulos legítimos para justificar su restauración. No le tendrá mientras no hable el sufragio popular, que fué quien la apartó del trono en 1931 y quien ratificó esta su decisión en las sucesivas consultas electorales hasta 1936. Carece de derecho a pedir a los españoles su reconocimiento como pacificadora del país, porque fué fiera y tenazmente beligerante. Carece de prestigio y autoridad cerca de los vencidos del 39, porque no ha tenido un gesto de olvido y perdón, ni un rasgo de misericordia en los años terribles de la feroz persecución germano-falangista, que ha diezmado las filas de los republicanos que siempre fueron y siguen siendo españoles cien por cien, pese a las estúpidas y grotescas clasificaciones al uso entre la fauna falangista.

II

Razonado así el primer aspecto del problema, es fácil y breve analizar los restantes.

Carente la Monarquía del apoyo de las masas obreras y republicanas, sólo podría sustentarse merced a la asistencia de otras esferas sociales inclinadas por tradición a servir al régimen. El clero, el ejército, la aristocracia de la sangre, quizá la del dinero, y una parte de la masa neutra, difusa e incoherente, que creyera, como tantas otras veces creyó, en el milagro y viera en el Rey al contratista de su tranquilidad y su reposo.

Esta masa neutra -una de las mayores plagas que ha padecido nuestro país- quizá haya meguado considerablemente. La guerra civil impuso a todos los españoles la necesidad, no sólo de tomar partido, sino de medir en las propias espaldas de cada cual las consecuencias que acompañan inevitablemente a los extremistas, y no sería extraño que ese revulsivo haya puesto al fin en movimiento el cuerpo atrofiado y agarbanzado de la parte de clase burguesa y media que integraba la legión de ausentes habituales de la vida ciudadana.

Se de ello lo que se quiera, siempre resultará que los apoyos y asientos de la Monarquía en España hoy, serían sensiblemente los mismos ue la servían de sustentación al tiempo de su caída. En la Europa que nace de esta guerra, el imperio de las masas obreras organizadas será casi absoluto. La primera y más característica consecuencia de esta gigantesca conmoción es ya que esas masas han ascendido considerablemente en su marcha hacia la toma de posesión de los puestos de mando y

gobernación de los Estados Europeos. Pensar en instaurar hoy un régimen a espaldas de las organizaciones obreras, es condenarse a la impotencia. Hacerlo en contra de esas organizaciones, es lanzarse alegremente al suicidio.

En España concretamente, donde nuestro proletariado ha vivido los años de dominación política bajo el régimen republicano y más tarde los años terribles pero heróicos de la guerra civil, no habrá régimen alguno viable si no cuenta con el calor y la simpatía de las organizaciones obreras. Tengo la convicción de que el centro de la política nacional será encarnado por el partido Socialista, que tendrá a su izquierda las masas sindicalistas, anarquistas y comunistas, y a su derecha a la burguesía en sus diferentes capas y matices. El mayor error político y, sobre todo, el de más agitadas consecuencias, sería pretender, a título de amparar privilegios de clase, indefendibles hoy, enfrentarse con esas fuerzas sociales, cerrándoles el paso a la intervención directa en la gobernación del país. La única política posible y viable, es la de hermanar los intereses y aspiraciones de esas masas con los de la pequeña y media burguesía, aunque ello fuera a expensas de la clase privilegiada, cuyos legítimos intereses ciertamente hay que amparar, pero que ha de comprender, si quiere sobrevivir, que esa categoría de legítimos no alcanza a cuantos han disfrutado hasta hoy considerándolos como intangibles y sagrados. La hora de la "gran penitencia" ha sonado para ella, no sólo en España, sino en el mundo entero, y sería torpeza imperdonable en sus dirigentes querer cerrar el paso al alud, en vez de darle cauce aun a costa de grandes sacrificios.

Desgraciadamente, la clase privilegiada española, principal base de sustentación de la Monarquía en el pasado y principal aspirante a serno en el porvenir, no ha sido nunca suficientemente comprensiva para efectuar resignada la evolución necesaria en cada hora. No es aventurado suponer que restaurada que fuera la Monarquía, esas clases tendrían por averiguado que sólo para servirlas y ampararlas, no sólo en sus derechos, sino en sus demasías, estaba el Rey en el trono. La opción para el monarca sería penosa, porque implicaría, o el alejamiento y desvío de quienes han sido tradicionalmente los más fervorosos defensores de la dinastía, o la enemiga irreconciliable de quienes han de ser el eje y el motor a la vez de la paz y de la prosperidad nacionales.

La evolución de la Monarquía española hacia el trato cordial y abierto con las masas proletarias, a semajanza de lo que acontece en cuantos paises subiste aún ese régimen político, está muy lejana, puesto que no se vislumbra siquiera en el horizonte. Y sin embargo, ese habrá de ser el primer paso a dar cuando se quiera hablar seriamente de restauración.

III

, No solo no es posible hoy la restauración, sino que no debe ser ella deseada por nadie si ha de traer como consecuencia el fracaso definitivo de la institución monárquica. Basta el noble título de español, sin calificativos políticos, para no desear ese fracaso.

Es la Monarquía la última reserva que tiene la España agitada y convulsa de hoy. Nadie tiene asegurado el éxito en empredas de carácter político, menos que nunca, cuando las pasiones desbordadas de los gobernados hacen difícil, por no decir imposible, a los gobernantes conducir en línea recta, previamente trazada, la vida de la nación.

La dura experiencia hecha por los partidos republicanos y por sus dirigentes

en la etapa de la segunda República, los rigores del exilio, el contacto con el mundo exterior, los sufrimientos de toda índole acarreados por las persecuciones de Franco dentro de España y de la Gestapo alemana en Francia, habrán seguramente cambiado no poco la concepción que estos hombres y partidos tenían del arte de gobernar una nación moderna y del verdadero sentido de lo que es una Democracia. Cabe esperar que la tercera República española, si llega a nacer, estará gobernada y regida con modos bien distintos de los que sirvieron de norma a la segunda. Pero repito que nadie puede aventurar juicio definitivo en tal materia, porque son muchos y muy complejos los factores que juegan en su desarrollo.

Si a pesar de ese augurio optimista, por fundado y razonable que él sea, la República restaurada no acertase con el sistema cardinal y los modos que el pueblo español tiene derecho a exigir tras la durísima etapa que acaba de atravesar. sólo la Monarquía podría ser la norma utilizable, último refugio, no sólo de la vida ordenada del país, sino de su independencia y soberanía, porque en la Europa que esta guerra está engendrando, no habrá cabida para regímenes arbitrarios o anárquicos.

Si en tal coyuntura, el régimen monárquico está extinguido como solución por haber actuado a deshora previamente y haber fracasado, el porvenir inmediato de nuestra Patria presentaría lúgubres perspectivas: la intervención extranjera, la ocupación y el fín para mucho tiempo de la soberanía nacional y de la independencia económica y política de España.

A nadie interesa semejante catástrofe. Ni a los españoles, sea cual sea su color político, ni al extranjero, sean cuales sean sus puntos de vista y sus propósitos sobre España como zona de influencia. Es tradicional y sobradamente conocida del mundo, la reputación bien ganada de los españoles de ser refractarios hasta la ferocidad, a toda intromisión extranjera en su vida nacional. En la Europa convaleciente de la guerra, mal asentada durante algunos años en la paz, con regímenes provisionales en casi todos los paises, el desencadenamiento de la anarquía y el desorden en uno cualquiera de ellos, ofrecería el riesgo de contagio que todos tienen interés en evitar. La interdependencia de las naciones continentales en los dos aspectos, el económico y el político, es hoy más positiva y real que nunca. La Europa actual se salvará y levantará en conjunto o permanecerá empobrecida y caótica durante lustros. Ningún país del continente puede hoy permitirse el lujo de vivir en compartimiento estanco. Por eso, cuando se trata de proyectar el nacimiento y la vida de un régimen político, es preciso poner la mirada en lo que acontece en los otros paises del continente y seguir atentos sus evoluciones políticas para sacar de ellas las debidas consecuencias y enseñanzas, aun cuando esas evoluciones sean convulsivas.

V

La Monarquía, que no tiene a juicio mío, según queda dicho, presente en España, puede tener un porvenir, y a mi modesto modo de ver es a él al que debe consagrarse.

Si la República fuera restaurada y acertara con el sistema y los modos de gobierno o el país se sintiera feliz, por ver en el régimen su legítima representación y el amparo de sus derechos colectivos e individuales, nadie podría desplazarla, ni sería patriótico intentarlo. Una de las condiciones básicas de esa identificación del régimen con el país, tiene que ser la libertad plena para las propagandas políticas dentro de las leyes. Los monárquicos gozarán de esa libertad desde el primer día, con igual título que cualquier otro partido político.

Del acierto de la propaganda y del modo de conducirse sus defensores y partidarios, dependerá el crédito que la nación conceda al régimen monárquico. El limpio y claro juego, en suma, de todo sistema democrático.

Si la República errara el camino del buen gobierno y el país se desviara de ella, fácil sería el remedio. De la misma manera que en 1931, sin elecciones plebiscitarias, pasó España en horas veinticuatro de la Monarquía a la República, podría ser aquélla instaurada instantáneamente y legítimamente, con el asenso o la conformidad resignada de sus más enconados adversarios, porque contra tal fallo nadie podría alzarse. Cualquier otro camino, conduciría a la aventura más desorbitada e irreflexiva.

Cuenta la historia que las últimas palabras de Don Alfonso XIII, pronunciadas en su lecho de muerte, dirigiéndose a su hijo, como el depositario de los derechos de la Casa de Borbón al trono de España, fueron éstas: "Ante todo, España". El más seguro camino para cumplir ese solemne y ejemplar mandato, hermanando la aspiración legítima a la restauración de la dinastía con el bien de la nación, es dejar a ésta pronunciar su fallo y esperar de ella la llamada, sin apelar a luchas y violencias fraticidas, ni buscar el acceso al Palacio Real por puertas clandestinas abiertas o forzadas con llaves extranjeras.

Miguel Maura Gamazo
París, Febrero 1945.-